

LOS GIGANTES

Yo vi a Sofía acariciar con el dorso de la mano la corteza del árbol. Ella parecía conforme y —de alguna manera— el árbol también. La vi sentarse bajo el influjo de la sombra del gran roble y perder poco a poco la noción del tiempo y de la realidad hasta quedar sumergida en el deforme espacio de los sueños.

A medida que se acercaba la hora sin sombra, también los cazadores de gigantes se aproximaban al lugar. A ellos les gusta atrapar a sus presas durante ese espacio del día, cuando el sol devora la tierra sin que nadie pueda encontrar cobijo ni sombra. Les gusta trabajar bajo la mirada ardiente del astro solar, como niños inmaduros intentando impresionar a su padre. Sofía despertó por la caricia de una hoja caída e inmediatamente oyó el rugido de los cazadores que se aproximaban.

Sabiendo que había llegado la hora, Sofía se puso de pie y contuvo la respiración durante algunos segundos. En el silencio del bosque, pudo escuchar los pasos que los pies desnudos de Joaquín marcaban sobre la hierba. Cerró los ojos y sin verlo lo detuvo diciéndole:

—No te acerqués, volvé al pueblo.

Joaquín esperó mirando la espalda de Sofía y reconociendo el valor con el que plantaba cara a la situación le contestó:

—Me quedo con vos, ya no queda nadie en el pueblo, me quedo con vos.

Sofía volteó hacia él y en el movimiento su cabello lacio y oscuro se sacudió como las hojas de un pino se sacuden bajo el capricho del viento. Joaquín vio en los ojos de Sofía le mezcla del temor y de la decisión. Comprendió que Sofía estaba asustada, masno abandonaría su puesto.

—Podrías venir conmigo ahora —dijo Joaquín reuniendo en sus palabras todo el valor que pudo hallar en su ser—. Nadie va a saber que te fuiste.

—Yo me quiero quedar —contestó Sofía mirándolo a los ojos—. Sos vos el que tiene que irse. Los cazadores están por llegar.

—Ya sé. Puedo escuchar los motores.

Sofía miró hacia el frente, hacia el lugar del que provenían los rugidos de los cazadores. Imaginó por un momento más allá de los árboles, del bosque, de lo conocido; un estrecho camino de cemento sobre el que se deslizaban a una velocidad imposible los cazadores de gigantes dispuestos a llevarse todo por delante. Durante un breve segundo, Sofía pudo ver sus temibles rostros, sus miradas gélidas y, detrás de ellas, sus intenciones.

—Andate —dijo Sofía—, de nada va a servir que vos te quedés.

—¿De qué va a servir que te quedés vos? —repuso Joaquín.

—Los árboles me han dicho qué tengo que hacer.

Joaquín la miró atónito. Todos en el pueblo habían escuchado las leyendas de los árboles del bosque; cómo de diversas y poco creíbles maneras los enormes árboles habían salvado al pueblo y al bosque mismo de peligrosos invasores en el pasado. También sabían en el pueblo que Sofía era una de esas personas que creían fielmente en estas leyendas y las extrañas magias que sostenían. «Varias personas me dijeron en el pasado que la vieron hablándole a los árboles», recordó Joaquín aterrado. Y temió que, en ese momento, Sofía fuera víctima de algún delirio enfermizo. Y si por culpa de eso Sofía se exponía ante el peligro de los cazadores, entonces...

Antes de que Joaquín pudiera concluir su línea de pensamiento, Sofía volteó la cabeza hacia él y le lanzó una mirada tan dura como la madera de los árboles que la rodeaban.

—¡Andate! —urgió Sofía, y su voz fue como el susurro devastador del viento de agosto.

Joaquín retrocedió un paso involuntariamente, y comprendió que no podría arrancar a Sofía de allí. Ella estaba completamente sumergida en su delirio. Aplastado por la pena, se giró sobre sus pies y comenzó a correr en dirección al pueblo en el que había vivido y conocido a Sofía y que ahora se había autoexiliado. Recordó las plazas llenas de amigos y conocidos, las tiendas repletas de personas amables, los coloridos vendedores ambulantes, las llamas de las velas que se reflejaban en la fuente central. Recordó la alegría y el ruido de los festivales. Y principalmente, recordó el festival de diez años atrás, donde había conocido a una niña alta y de trenzas que miraba con dureza y hablaba con voz suave. Una niña que ahora estaba a punto de perder a manos de unos ambiciosos cazadores dispuestos a arrasar con todo.

Joaquín frenó sus pies y sus pensamientos. No abandonaría a Sofía. Y si no podía arrancarla del bosque, entonces tendría que evitar que los cazadores llegaran. Corrió hacia el lugar del que provenían los rugidos bordeando el claro en el que aguardaba Sofía. Su misión era desviar a los cazadores antes de que vieran el bosque. Si veían esos árboles, se lanzarían contra ellos para destruirlos como habían hecho con tantas otras víctimas anteriores y harían iniquidades en el pueblo que los protegía. Joaquín se estremeció al imaginar a Sofía frente a esas bestias.

Cuando el muchacho consiguió salir del bosque, se encontró con la ruta que seguían los depredadores. Avanzó unos pasos y pudo ver a lo lejos los vehículos que al son de los rugidos avanzaban en su mortal carrera hacia Sofía. Resultaba evidente que el bosque era su objetivo. En pocos segundos estarían allí, era tarde para intentar desviarlos. Joaquín miró hacia todos lados y no encontró nada que lo pudiera ayudar a detener a los invasores. Sintió que la tentación de volverse y huir envolvía sus tobillos. Sería lo más fácil, lo más sensato, pero no lo hizo. Porque si tomaba ese camino no conseguiría cambiar nada de lo que estaba sucediendo.

Casi por instinto, Joaquín acarició el mango del cuchillo que llevaba colgado en la cintura. Apretó los dientes, inspiró hondo y, empuñando su arma, se lanzó en una frenética carrera hacia

los vehículos de los invasores. Los monstruos anchos y metálicos que montaban los cazadores viajaban a una velocidad mucho mayor y, aunque Joaquín sabía en su interior que nada lograría estrellándose contra ellos, no se detuvo. ¿Cómo podría detenerse si Sofía seguía en el bosque?

Los vehículos se acercaban y sus ruedas aplastaban todo lo que se les atravesaba. Joaquín corría con el cuchillo en la mano y un grito de guerra raspando su garganta. El rugido de los motores se volvía insoportable en sus oídos y los monstruos parecían cada vez más grandes, más anchos, más rápidos. Aunque casi lo tenían encima, los cazadores no frenaban la marcha, al contrario, hacían rugir con mayor potencia a sus bestias de metal e incrementaban su velocidad sin temer a ese ejercito de un solo hombre que les caía encima como una llovizna.

En un último esbozo de lucidez, Joaquín vio el enorme parachoques a punto de aplastarlo y mandarlo a volar por los aires y se supo perdido. Pero un viento intenso, como el hálito de un gigante, sopló repentinamente y algo cambió. Los vehículos pasaron de alguna manera a través de él, sin hacerle daño. Joaquín se sintió mareado, como si flotara en un espacio sin arriba ni abajo, y desde allí pudo ver desaparecer al bosque repentinamente y también al pueblo. Vio a los cazadores desconcertados detenerse donde debería estar su objetivo sin encontrar más que una extensa llanura vacía. Nada. Los vio molestarse e insultarse entre ellos y luego los vio marcharse profiriendo toda clase de gritos iracundos. Cuando los cazadores estuvieron lejos del alcance de su vista, Joaquín sintió intensificarse el mareo y pronto perdió el conocimiento.

Despertó a un costado de la ruta. Vio al sol ocultándose detrás de los cerros y, en la dirección opuesta, estaba el bosque que los cazadores de gigantes no habían podido ver. Los majestuosos y legendarios árboles estaban allí, como si nunca se hubieran ido. Joaquín se levantó, guardó el puñal en su cinturón y emprendió la caminata de regreso al bosque y al pueblo, seguro de que los cazadores ya no volverían, pero con una terrible sospecha apretándole el estómago.

Sentía los músculos cansados, pero no se detuvo. Cuando ingresó en el bosque le pareció que los árboles se veían más coloridos, si bien la noche comenzaba a caerles encima. Con pasos cada vez más lentos, Joaquín llegó hasta el claro donde había dejado a Sofía. Un suave viento soplaba a su alrededor y zarandeaba con dulzura las melenas verdes de los gigantes. Joaquín cayó de rodillas con la cara mojada y se arrastró hasta uno de los árboles de corteza dura y lisa.

Yo vi a Joaquín (y Sofía también lo vio) acariciar con el dorso de la mano la corteza del árbol que antes había sido su Sofía. El parecía triste y —de alguna manera— el árbol también. Lo vimos sentarse a los pies de ese nuevo gigante que ahora custodia el bosque y el pueblo junto a nosotros, y abrazarse a su tronco, y llorar hasta quedarse dormido bajo el influjo de la luna, soñando con una canción que había escuchado alguna vez, en algún festival.